

Leg 9
Cuaderno nº 55
Petrarca.

750

DISCURSO

LEIDO

AL RECIBIR LA SOLEMNE INVESTIDURA DE DOCTOR EN FILOSOFÍA,

(SECCION DE LITERATURA,)

POR

el licenciado en la misma facultad

D. DIEGO MANUEL DE LOS RIOS.



MADRID.—1857.

Imprenta de Tejado,

á cargo de Francisco de Robles,

Leganitos, núm. 47.

UVA BHSC LEG. 09. 1 n° 0750

DISCURSO

1801

EN LA SOCIEDAD ESTUDIANTIL DE DOCTORES EN FILOSOFIA

(SECCION DE LIBRERIA)

35

1801

el licenciado en la misma facultad

DE DIEGO MARTIN DE LOS RIOS



México - 1887

Imprenta de Tlaxcala

Imprenta de Tlaxcala

Imprenta de Tlaxcala

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0750

1857

DISCURSO

LEIDO

AL RECIBIR LA SOLEMNE INVESTIDURA DE DOCTOR EN FILOSOFÍA,

(SECCION DE LITERATURA,)

POR

el licenciado en la misma facultad

D. DIEGO MANUEL DE LOS RIOS.



MADRID.—1857.

Imprenta de Tejado,

á cargo de Francisco de Robles,
Leganitos, núm. 47.

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0750

HTCA

U/Bc LEG 9-1 n°750



1>0 0 0 0 2 9 4 4 0 1

DISCURSO

LEIDO

AL RECIBIR LA SOLICITUD DE INVESTIDURA DE DOCTOR EN FILOSOFIA

(SECCION DE LIBRERIA)

por

el licenciado en la misma facultad

D. DIEGO MANUEL DE LOS RIOS.



MADRID—1857.
Imprenta de F. de los Rios,
a cargo de Francisco de los Rios,
Legados núm. 41.

UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0750

EXCELENTÍSIMO É ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

Al suspender esta Universidad ilustre sus actos académicos, un jóven distinguido, criado en su escuela, levantando sus miradas á contemplar la grandiosa obra del *Renacimiento*, trazaba con vigorosas pinceladas el retrato de uno de los varones elegidos por la Providencia para dar cima á empresa tan alta y memorable. El docto cláustro, cuya indulgente benevolencia invoco en ocasion tan solemne, miró sin duda complacido el cuadro en que campeaba, con la estatura de un coloso, el celebérrimo cantor de Laura: filósofo, poeta, historiador... con tan envidiados y nobilísimos títulos fué saludado desde este mismo lugar el hombre eminente, á quien no há mucho se concedia apénas, en desusada festividad literaria, el simple galardón de *poeta erótico*.

Á las márgenes pintorescas del Dauro llegó con el aplauso merecido aquella generosa vindicacion, que daba tan digna idea de la juventud estudiosa, llamada á recibir en esta Academia el don inestimable de sana y fecunda doctrina: en ella se abarcaba en grandioso conjunto y bajo vário punto de vista, cuanto fué é hizo Francisco de Petrarca, ya con relacion á la política, ya respecto de la erudicion, ya de la filosofía, ya en órden á la pasion amorosa que ha inmortalizado las sombrías corrientes de Valclusa. Permitidme ahora, Excmo. Sr., que, llevado del respe-

tuoso entusiasmo que tan egrégio varon despierta y contrayéndome al linaje de tareas á que por deber me consagro , ose presentar á la consideracion de los esclarecidos doctores que me escuchan , breves observaciones en que procuraré poner de relieve lo que fué é hizo Francisco de Petrarca como cultivador de las letras clásicas.

La historia de la civilizacion italiana, íntimamente enlazada con la de las demás naciones meridionales , ofrece en todas sus páginas, cual pensamiento capital que domina en la edad media, la idea del Imperio: muro invencible , levantado para refrenar el oleaje de la barbárie; norte de aquella unidad política, siempre ambicionada, pero jamás conseguida , personifica el Imperio en sus constantes aspiraciones la grandeza y majestad de la antigua Roma , siendo considerado como la más alta y noble herencia del mundo de los Césares. Ni las luchas contra el sacerdocio , ni los desastres experimentados en su contienda contra las ciudades de Lombardía, terminada en la gran rota de Lignano, son bastantes á debilitar aquella idea, que brilla una y otra vez, cual luminoso faro, en los horizontes de la política, halagando con próspero porvenir las generosas esperanzas de los más ilustres varones nacidos en el suelo de Italia. En las leyes, conservadas dentro de la familia á despecho de los pueblos bárbaros que habian tomado asiento en sus desoladas regiones ; en las costumbres, que templaron y vencieron la ferocidad de los ostrogodos y longobardos; en las artes, que aun despedazados sus más suntuosos y bellos monumentos, revelaban con sus grandiosas ruínas la civilizacion romana, en todas partes y bajo todas formas encontraba apoyo aquella tradicional institucion, trasmitida á los tiempos modernos como áncora salvadora.

Esta necesidad de la política debia tener legítima correspondencia en la esfera intelectual, reflejándose por tanto en la vida del arte: presentes siempre á la imaginacion los despojos de la arquitectura y de la estatuaria; fijos siempre en la memoria los recuerdos de los antiguos héroes, no era posible que se apagaran del todo en medio de la oscuridad de los si-

glos los vivísimos resplandores de aquella literatura que habían sublimado en su edad de oro los Horacios y Virgilio, y que inmortalizaron en su decadencia los Marciales y Lucanos. De nada sirvió en verdad que, animados de santo celo, lanzasen contra las letras clásicas algunos Soberanos Pontífices el mismo anatema que se ha repetido en nuestros días: cuando, merced á la ilustración de Silvestre II, tornaron á fructificar los buenos estudios; cuando pudo la Iglesia exigir al clero que supiese algo más que la simple gramática ó la lectura del latín, brotó de nuevo la luz de la expresada literatura para no oscurecerse jamás, apuntando desde aquel afortunado instante la peregrina aurora del *Renacimiento*.

Por esta vía se encaminaba la civilización italiana al exhalar sus primeros cantos la musa de Sicilia: Federico II, el más antiguo de los poetas vulgares, instituyendo la Academia de Palermo, llamando á su corte los hombres más distinguidos del continente, y consagrándose él mismo al cultivo de la lengua italiana, mostraba que sólo á condición de vivir en estrecho consorcio con las letras clásicas, podía aspirar á duradero y glorioso porvenir la nueva poesía y literatura. Pedro de las Viñas, su ministro, tan aplaudido filósofo como jurisconsulto, orador y poeta, no sólo fundaba todos estos títulos en el estudio y conocimiento de la antigüedad, aun siéndole imperfectamente conocidos sus más preciados tesoros, sino que hacía frecuente alarde en sus oraciones y en sus versos de serle familiares los poetas de Augusto. Y esta inclinación constante de los cultivadores de las letras llega al cabo á convertirse en ley biológica de las mismas. Guido de Bolonia pone en lengua italiana el libro de *Inventione*, de Marco Tulio, y la juventud dorada que bebe en aquella famosísima Universidad la luz de las ciencias y de las letras, comienza á practicar los preceptos del padre de la elocuencia romana. Brunetto, el celebrado maestro del Dante, segunda en Florencia la noble empresa de Guido; y enriqueciendo la obra de Cicerón con útiles comentarios, abrevia á la juventud de su patria el camino abierto por el docto maestro de

la escuela boloñesa. Siguen estas huellas, procurando ensanchar cada día el círculo de sus conquistas, un Guido Guinizzelli, cuyos cantos coronó el amante de Beatriz con el lauro de la inmortalidad (1); un Guido delle Colonne, que une al de poeta el no ménos envidiado de historiador, tomando por norte de sus estudios la renombrada ruína de Troya; un Guittone d'Arezzo, de quien se ha dicho, no sin justicia, que fué inspirado por el mismo Apolo; y miéntras estos escritores y otros no ménos dignos de alabanza fundan los títulos de su gloria en el anhelo con que estudian las producciones de la literatura latina, conságranse otros muchos con igual fe á proseguir la obra de Irnerio, brillando entre todos, cual astros mayores, un Sicardo, un Azon, un Acursio.

En tal punto y con elementos semejantes, aparece en el nobilísimo estadio de las letras el cantor de la *Ciudad doliente*. Dominado por la idea del Imperio; deslumbrado al brillo de los resplandores que, aún velada de tinieblas, arrojaba la civilización del antiguo mundo; avasallado por el profundo respeto que le inspiran los grandes nombres de Roma, Dante no sólo aspira á ganar para sí el galardón de escritor latino, al dar á luz su importantísima obra *De Monarchiá*; sino que nacido en su mente el más alto pensamiento de la edad moderna, intenta emplear, al exponerlo, la lengua y el arte de Virgilio, á quien aclamaba cual maestro. Quiso sin duda la Providencia que fuese más grande y duradera la gloria del amante de Beatriz; y transfirió este al habla de la muchedumbre aquella planta inmortal, cuyo aroma perfuma las cumbres del Parnaso cristiano. Mas si cambió de instrumento, haciendo el sacrificio de su ciencia, como latinista, en aras de aquella nacionalidad que le infundía tan ardiente amor, no por esto dejó de reflejar la *Divina Comedia* los tesoros del arte clásico. Virgilio era siempre el modelo del Dante; Vir-

(1) Dante le halla en el Purgatorio, y le dice, mostrada la admiración que le producian sus versos:

...Li dolci detti vostri

...Quanto durerá l'uso moderno

Faranno cari ancora i loro inchiostri,

gilio debía ser también su guía por las mansiones del dolor y de la esperanza (el *Infierno* y el *Purgatorio*). Cundieron por toda Italia al mismo tiempo la celebridad del discípulo y el respeto y la veneración del maestro; y quien había sido reputado en multiplicadas leyendas cual maléfico encantador y nigromante, se alzaba al comenzar del siglo XIV, con la monarquía del buen gusto, en brazos del más grande de sus admiradores.

Era, pues, decisiva la inclinación que mostraban las letras italianas hacia las letras clásicas, cuando vió la luz del día Francisco de Petrarca. Sus nobles y generosos instintos, los sentimientos elevados que nacen en su pecho, al oír por vez primera aquellos mismos nombres que habían inflamado la mente del admirador de Catón, le infunden desde su más tierna juventud un amor sin límites á cuanto recuerda ó personifica la gloria de Roma. En vano su padre, desterrado de Florencia por los odios políticos, intenta atraerlo á estudios de más utilidad en la vida, procurando hacerle perito en el de las Decretales: en vano, ejerciendo con extremada severidad los derechos de padre, entrega á las llamas las obras de Cicerón y de Virgilio, que formaban ya las delicias de aquel joven escolar, destinado á ser con el tiempo universal maestro: el llanto de Petrarca y el amargo dolor que mira pintado en su tierno rostro, vencen la cariñosa dureza de Petracco; y libertados del fuego por su amor, son desde aquel momento Virgilio y Cicerón los guías venerados de su juventud, los consejeros de su virilidad y los amigos de su edad provecta.

Este amor, engendrado por la veneración que uno y otro le inspiran como representantes de la antigua Roma, como depositarios del espíritu republicano y de las aspiraciones del Imperio, compartido ya en parte con Tito Livio asociado por su *Historia* á entrambas ideas, debía crecer en el corazón de Petrarca al espectáculo que por todas partes se ofrecía á sus miradas. La silla de San Pedro había sido trasladada desde la Ciudad eterna á la renombrada Aviñón, tenida por respetables escritores y designada por el mismo hijo de Petracco como la *Babilonia de Oc-*

cidente: en vez de la austeridad republicana que descubria en las obras de Ciceron; en vez de la majestad y grandeza que le revelaban los versos de Virgilio, sólo hallaban sus ojos disipacion y licencia, logrando el fraude plaza de verdad y obteniendo la adulacion el lauro, sólo debido al mérito. Cansado de aquel espantoso cuadro, cuyo terrible efecto no era bastante á disipar el amor inextinguible de Laura, vuélvese Petrarca á contemplar el suelo querido de Italia; pero Italia yacia en mísera servidumbre, despedazada por sus propios hijos, inundada de pérfidos aventureros; y en vano, animado de ardiente celo patriótico, habia llamado una y otra vez á las puertas de sus príncipes y magnates para infundirles el espíritu salvador, que llevaba dentro de sí la restauracion de la unidad italiana. Todos estos nobles esfuerzos malogrados, todas estas esperanzas desvanecidas, devolvian la actividad y la inteligencia de Petrarca á la esfera de los estudios; y quien no habia alcanzado á dulcificar los dolores y á borrar la afrenta de sus compatriotas, quien habia visto disipada la última de sus ilusiones, al consumarse la catástrofe del insensato Rienzi, dirigia ántes y despues de este escándalo la fuerza toda de su doctrina y de su ejemplo á mantener viva en el alma de los italianos la idea de aquella misma unidad representada en el Imperio.

Tres caminos, apénas hollados, se mostraban al par á Petrarca para llegar, por medio de las letras, á término semejante, y tomaba en todos por guias y maestros á Virgilio, Livio y Marco Tulio. Nacido poeta, ambicionaba la gloria del cantor de Eneas, despertando el entusiasmo de la muchedumbre con las grandes victorias del pueblo romano: formado historiador, concibió el proyecto de recordar á la presente generacion los altos ejemplos de otros dias: iniciado en los misterios de la Filosofía, ponía delante de todos la pequeñez del orgullo y de la ignorancia, mostrando el camino de la virtud y lanzando contra el vicio terribles anatemas. Al acometer esta triple empresa, que viene á serlo de toda su vida, quiere Petrarca hablar la lengua de sus maestros y practicar el arte que ellos practicaron; bus-

cando héroe digno de su musa, ofrécele Tulio en el *Sueño de Escipion* la gran figura del caudillo que obtuvo el primero entre los romanos la honra levantada de ilustrar su nombre con el del pueblo que habia vencido, y *Escipion el Africano* es elevado á la apotéosis de la epopeya.

Apareció, pues, en la república de las letras el poema del *Africa*. Sorprendidos por la novedad de tal acontecimiento, único hasta entónces en los fastos de la poesía moderna; admirados de la majestad atribuida al domador de Syphax, y avasallados por la alta idea patriótica que en cada verso revelaba, recibieron los doctos como un prodigio de perfeccion, que oscureciendo todas las obras de la antigüedad, conquistaba á Petrarca el envidiado título de *poeta divino* (1). Propagóse en breve la fama de aquella obra por toda Italia, excitando en todas partes cierta manera de fanatismo, que presentaba al hijo de Petracco como un sér sobrenatural; y el modesto cantor de Laura sintió nacer en su pecho, al ruido de tanto aplauso, el generoso anhelo de ceñir á sus sienes la sublime corona del poeta. Enardecia este deseo la creencia popular de que habian sido coronados Horacio y Virgilio en el Capitolio: nadie habia obtenido despues tan alto galardón; y ser el primero que lo alcanzara, hablando la lengua de Virgilio y de Horacio, era para Petrarca la realizacion de sus dorados sueños.

Esta esperanza acariciaba, cuando Roma y París, disputándose la gloria de laurear el poema del *Africa*, le ofrecian al par la ambicionada corona (2). No vaciló en la eleccion el poeta: Roma representaba para él toda la magestad de la república, Roma era en sus recuerdos, y debia ser siempre el corazon de su querida Italia, y sólo en Roma podia ostentarse dignamente coronado el que llevaba grabada en su corazon y en su cabeza la noble imágen de la grandeza romana. Pero habia en Italia un hombre, el cual inspiraba á Petrarca tal respeto, que hubiera tenido por efímero el triunfo que Roma le ofrecia, sin que le

(1) Tiraboschi, *Istoria della Letter. ital.*, t. V, lib. III; cap. 2.

(2) Agosto de 1340.

declarase aquel digno de merecerlo: antes de dirigirse á Roma, Petrarca fué á Nápoles. Á la lectura del *África* sintióse el Rey Roberto poseido del mismo entusiasmo y admiracion que habia excitado en los que se preciaban de doctos: tres dias oyó á Petrarca sobre toda suerte de materias... de historia, de filosofía, de literatura, y despojándose el último del régio manto que cubria sus hombros, poníalo sobre los de Petrarca, suplicándole que lo honrase, al recibir la corona en el Capitolio. En el dia primero de Pascua de 1341 veia el cantor de Escipion cumplidos sus deseos: con solemnidad y pompa inusitada, rodeado de los principales ciudadanos de Roma, seguido de inmensa y admirada muchedumbre, llegaba Petrarca al magestuoso alcázar, donde recibia de manos de Misser Urso, conde de Aguillara, la inmortal corona.

Contemplad, Excmo. Sr., aquel sorprendente espectáculo: el discípulo é imitador de Virgilio, el admirador de la antigua Roma, el generoso patricio que aspiraba á devolver á su patria el alto sentimiento de la libertad y de la independenciam, el esclarecido poeta que ambicionaba restituir todo su esplendor á la lengua de Augusto, recogia en el Capitolio el peregrino galardón que concedia Italia entera al recuerdo de sus héroes. La edad media comenzaba á despojarse de la herrumbre de la barbarie, y la estrella del *Renacimiento* brillaba ya en el horizonte de la historia con duraderos resplandores. Algunos años despues de esta solemnidad memorable, lloraba Petrarca pesaroso de haber escrito el *África*, y declaraba tristemente que sin haberle hecho más sábio, sólo habia servido aquella corona para desatar contra él la envidia, robándole el reposo de que ántes gozaba (1). El ejemplo estaba dado, sin embargo, y nadie podia detener el impulso que partia de las primeras fuentes de la civilizacion italiana.

Á esta ley cedia el mismo Petrarca, al fijar sus penetrantes ojos en la historia; en la misma lengua de Livio quiso escribir

(1) Seniles, lib. XV, epístola 1.^a

una *de Roma* que abrazase desde la fundacion de la inmortal ciudad hasta los tiempos de Tito. La empresa, segun dejo insinuado, era altamente patriótica, y se encaminaba á un fin verdaderamente meritorio; pero difícil por extremo en el estado de los estudios. Tres eran solas las *decadas* de Livio, entónces conocidas, permaneciendo sepultados en doloroso olvido la mayor parte de los historiadores que habian ilustrado el nombre latino (1). Petrarca no retrocedió ante los obstáculos: inquirió, registró los archivos y bibliotecas, copió de propia mano las obras que le deparó su ventura, y con aquel perseverante empeño que le distingue, dió principio á la realizacion de tan levantada idea, reservada por la Providencia á más cercanos tiempos. No le fué dado en verdad llevarla á cabo; mas en los fragmentos de aquella obra colosal, trasmitidos á nuestros dias, hallamos patente el pensamiento civilizador y la nobilísima aspiracion que constantemente le anima. Abrid, sino, el *Epitomè Vitarum illustrium virorum*, y los cuatro libros *Rerum memorandarum*: los hombres ilustres de Petrarca son todos romanos; Rómulo, Numa, Tulo Hostilio, Junio Bruto, Caton... las cosas más dignas de renombre eterno son las cosas de Roma; tras ellas tienen lugar los altos hechos de los griegos y las peregrinas anécdotas de los demás pueblos del antiguo mundo (*externi*). Al cabo recuerda Petrarca á sus contemporáneos (*recentiores*), para que reconocida la distancia que media, aun entre los más ilustres, sea mayor la utilidad y evidencia del ejemplo.

Pero este deliberado propósito, que resalta igualmente en sus libros filosóficos, y muy en particular en los *De remediis utriusque Fortunæ*, y *De Republicâ optimè administrandâ*, aparece sobre todo comprobado, al contemplarle animado del más ardiente celo en la propagacion de los estudios que llevaban al conocimiento de la antigüedad clásica. Apasionado realmente de aquella idea, consagra su elocuencia á despertar en los príncipes y magnates de Italia el amor á la literatura latina, ya que no le

(1) Tiraboschi, *loco citato*; Ginquené, *Hist. Litt. d'Ital.*, t. III, cap. XII, p. 436.

habia sido posible reanimar y conducir á un fin comun el sentimiento patriótico: superior á todas las supersticiones de su tiempo, y confiado en lo porvenir de su pueblo, atiende á favorecer al par todos los elementos que habian de caracterizar en breve la civilizacion italiana, reflejándose en la de las naciones meridionales. Las artes y las letras hallan en él autorizado oráculo; y miéntras la extraña inquietud que le trae errante, ántes y despues de la muerte de Laura, le lleva á ser donde quiera consejero y maestro de artistas y escritores; miéntras en las Córtes de Azon de Correggio y de Francisco de Carrara, de Galeas Visconti y de Andrés Dandolo, honrado y admirado de grandes y pequeños por el extraordinario prestigio de su palabra, logra fundar otras tantas escuelas en que arraigan profundamente el amor á la antigüedad y el anhelo de poseer las obras que la immortalizaban, reúne en sus Parnasos *Cisalpino* y *Transalpino*, y más adelante en su famoso *Linterno*, preciosa coleccion de manuscritos, cuya sola posesion le erige en árbitro de los destinos de las letras.

Permitidme, Excmo. Señor, que al llegar á este punto me confiese sin fuerzas bastantes para revelar en breves rasgos toda la gloria que rodea el nombre de Petrarca en la historia del *Renacimiento*. Nadie hasta su tiempo habia mostrado mayor entusiasmo y perseverancia en la empresa de restituir al mundo de la inteligencia los perdidos tesoros, los nombres respetables de la literatura latina: nadie desplegó despues mayor actividad, si bien alcanzaron muchos más cumplido logro de sus tareas. Con sus doctas epístolas, imitacion de las de Marco Tulio, y dirigidas al mismo tiempo á los poderosos y á los discretos, á príncipes y particulares; con su persuasivo consejo, que fructifica cual planta salutífera entre sus discípulos; con su propio ejemplo y sus vigiliás venció obstáculos, que hubieran parecido en toda edad insuperables, cosechando abundante mies en uno y otro concepto. «Las epístolas familiares, (dice un historiador respetado), formando la parte más preciosa y considerable de sus *Obras*, despertaban ó enardecian de uno á otro confin de

Europa el amor de los antiguos. Hoy día podrían también reanimarlo. En ellas habla á los soberanos, á los grandes, á los sábios, á los jóvenes y á los viejos un mismo lenguaje: á todos predica el amor y la admiración de los antiguos (1).

Su ardor inextinguible enciende en su pecho el anhelo de completar las *Decadas* de Livio, las *Antigüedades* de Varron (2), los *Epigramas* de Augusto, el tratado *De Gloria* de Marco Tulio. Al emprender estas investigaciones, halla en Florencia las *Instituciones* de Quintiliano, expresando el gozo que le infunde semejante ventura en una de sus más elocuentes epístolas (3); descubre en Lieja parte de las *Oraciones* de Ciceron, y encuentra en los archivos de Verona sus *Epístolas familiares*. Transferir con fidelidad y religioso respeto estas producciones, para que llegasen á todas partes en su genuina pureza, cuidado era que no podía confiar Petrarca á la ignorancia de los copistas de su tiempo, y que exigía por otra parte no escasos conocimientos paleográficos y muy esmerada crítica. Petrarca, en medio de sus inquietudes y viajes, acomete, pues, estas difíciles y enojosas tareas; y la biblioteca Laurentina de Florencia, la imperial de París y la famosísima Vaticana custodian hoy entre sus más estimables tesoros algunas de estas joyas, cual señalados monumentos de lo que debió al amante de Laura la restauración de las letras clásicas.

Pero no limitó tan ilustre varon sus nobles y fecundos esfuerzos al terreno de la antigüedad latina: los grandes filósofos y oradores, los sublimes poetas é historiadores de Grecia despertaban también su entusiasmo y tenían en su pecho la misma adoración que los grandes escritores romanos. Puede con entera razón afirmarse, Excmo. Señor, que fué Petrarca el primero que señaló la senda seguida adelante en este género de investigaciones, como había ensanchado prodigiosamente la que respecto de Roma le mostró desde la infancia la misma índole de

(1) Quinquente. Hist. litt. d'Italia, tit. III, cap. XII.

(2) Rerum humanarum antiquitas.

(3) Ad viros illustres veteres, epístola VI. Este códice está dolorosamente mutilado.

la civilizacion de su pueblo. Á sus amigos de Francia, de Inglaterra y de Constantinopla, á sus admiradores y discípulos de Italia recomienda sin trégua la adquisicion de libros helénicos; y miéntras logra la fortuna de que el docto Nicolás Sigeros le envíe, cual rico presente, desde la antigua Bizancio una copia completa de los poemas de Homero; miéntras alcanza á poseer los *Diálogos de Platon*, las *tragedias* de Sófocles, y otros manuscritos á la sazón de todo punto desconocidos, estrecha amistad con el monje Barlaam, enviado por el Emperador Andronico á la córte romana, y recibe en su aprecio á Leoncio Pilato, con el deliberado propósito de perfeccionar sus estudios en la lengua de Tucídides y Demóstenes. La admiracion que engendra en su ánimo la lectura de todos estos esclarecidos escritores, es en breve interpretada por su elocuencia, y propagado entre sus discípulos el mismo amor á las letras griegas, comienza á lucir en el suelo de Italia la nueva aurora de Homero, de Platon y de Pindaro, que trocada en sol esplendoroso en la era del gran Cosme de Médicis, aparece en su cénit al derrocarse el trono de los Paleólogos.

Con su ejemplo, como escritor, siendo el primero que olvidando el lenguaje bárbaro de los escolásticos, aspira á seguir las huellas de Ciceron y de Virgilio en la elocuencia y la poesía; con su doctrina y su consejo, inculcando en unos y fomentando en otros el respeto de la antigüedad; haciendo aquí oficio de anticuario, al abrigar el primero la idea de una coleccion de medallas imperiales, como auxilio indispensable de la historia; tomando allí plaza de copista para evitar los errores que afeaban los más estimados monumentos de las letras clásicas; en una palabra, mostrándose en todas partes cual guia y promovedor de los estudios, y obedeciendo en todos sentidos la ley superior del progreso humano, que impulsaba la civilizacion de la edad media hácia las vías del *Renacimiento*, se ofrece, pues, á nuestras miradas la simpática figura de Francisco de Petrarca como alma de aquella sociedad, que en sus propias obras simboliza. Rodéanle tan distinguidos discípulos como un Juan de Boccacio

y un Juan de Ravena, á quienes confía la Providencia el cuidado de segundar sus aciertos, trasmitiendo á la posteridad el mismo anhelo de saber que alienta desde su cuna; y si alguna vez ha podido decirse con razon que un solo hombre ha reflejado en sí é impreso al par el sello de su carácter personal á la época y á la civilizacion á que pertenece, nunca ha debido afirmarse con más justicia que al pronunciar el nombre de Petrarca.

El granado fruto de sus vigiliass, en órden á los estudios clásicos, lo hallareis, Excmo. Señor, al contemplar la historia del siglo XV, época en que parece enmudecer de todo punto el génio de la poesía italiana para ceder el puesto al desarrollo armónico y sorprendente que tiene en aquella edad y en aquella península la literatura latina: recordad los filósofos y gramáticos Leonardo Bruno de Arezzo y Gasparino Barzizza, Poggio Fiorentino y Lorenzo Valla; traed á la imaginacion las obras latinas de Ángelo Policiano y de Ambrosio Traversari; conmemorad los eruditísimos ensayos de los arqueólogos Fabio Biondo y Bernardo Rucellai (Oricellarius); de los historiadores Bartolomé Plaatina y Eneas Sylvio, y de los poetas Maffeo Vegio y Tito Vespasiano Strozi, y en el noble afan que los anima, en la uniforme tendencia que revelan y en el carácter general que todos ostentan, descubrireis sin duda el espíritu de Petrarca.

Privilegio es este que sólo es dado gozar á los varones de superior aliento, elegidos por la Providencia para ser maestros de los siglos. No lo neguemos injustamente al amante de Laura: que si es verdad que al pulsar la lira de los amores, hablando el idioma del vulgo, ciñó á sus sienes, purificado por la santidad de su pasion, el envidiado lauro de Ovidio y de Tibulo, tambien lo es que, al promover y fomentar por tantos caminos el estudio de las letras clásicas, escribió su nombre en la más brillante página de la historia del *Renacimiento*. Feliz yo si en ocasion tan solemne para mí he acertado á quilatar siquiera alguna parte de su mérito.

He dicho.

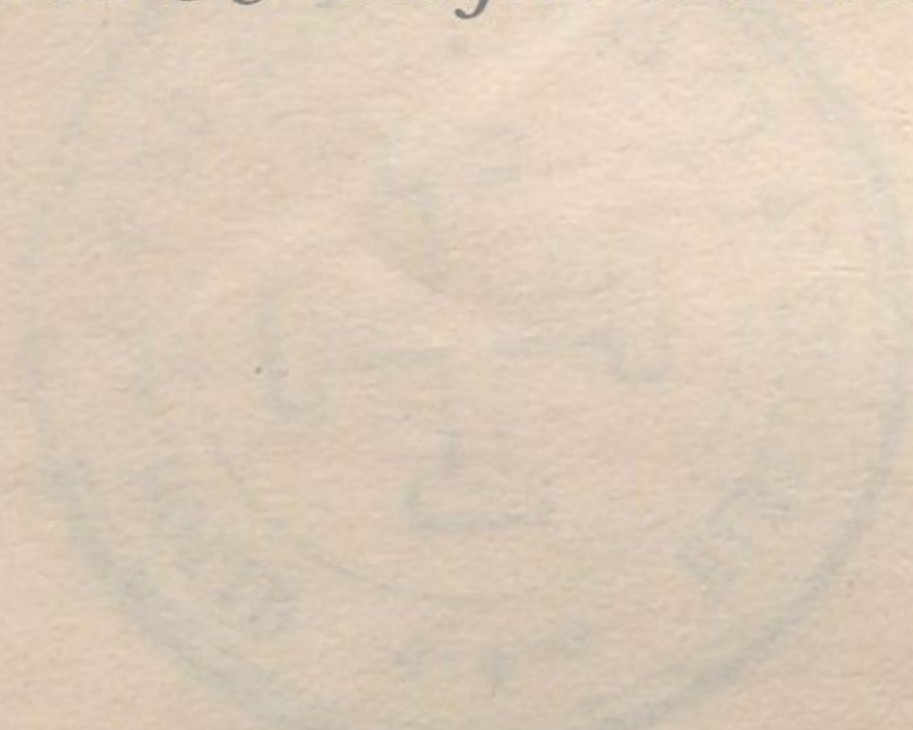
UVA BHSC. LEG.09-I n°0750



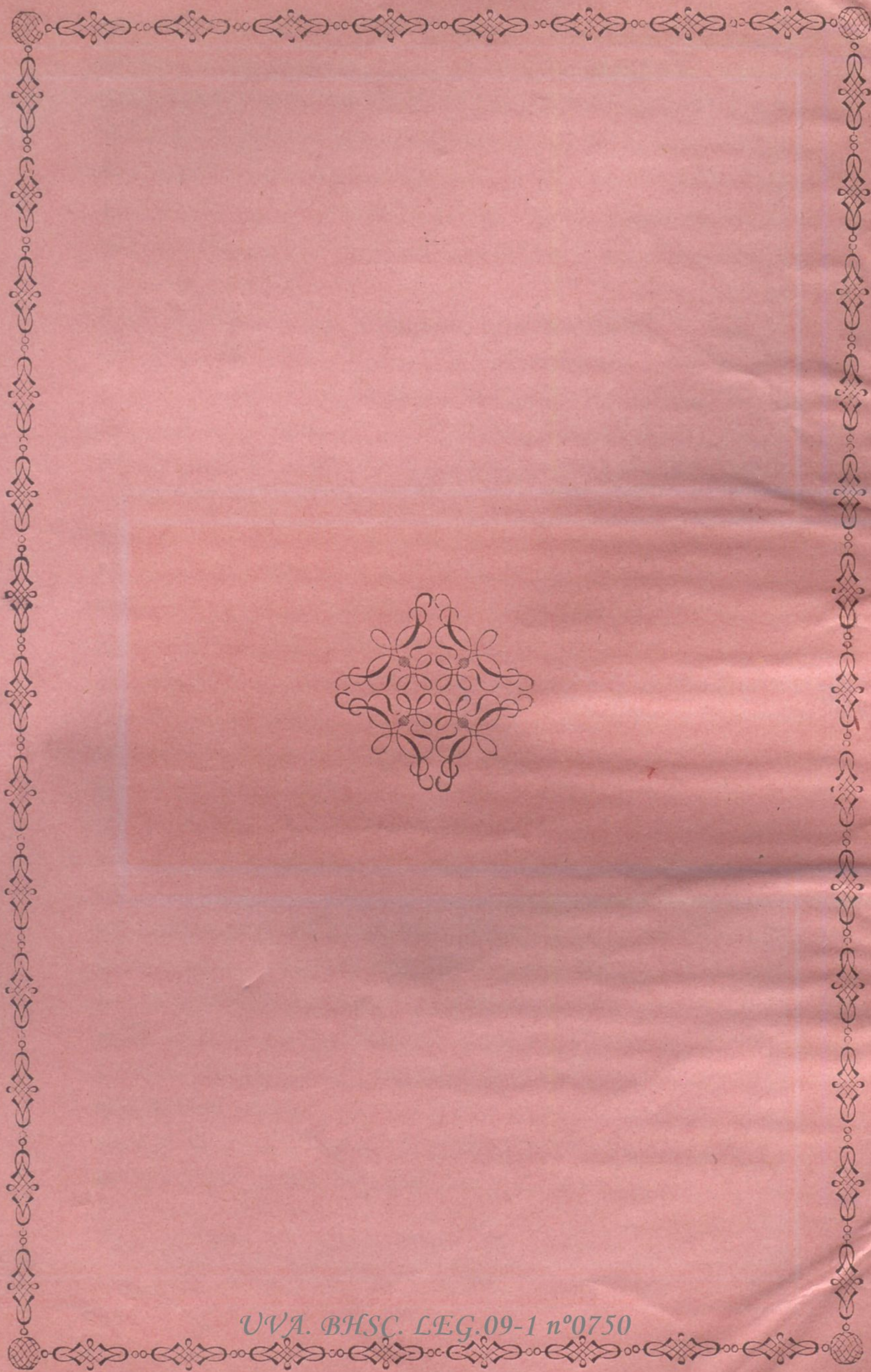
y un Juan de Rivas, á quienes confía la Providencia el cuidado de asegurar sus escritos, remitiendo á la posteridad el mismo sabido de saber que alienta desde su cuna; y así alguna vez ha debido decirse con razón que un solo hombre ha referido en sí é impreso el por el sello de su carácter personal á la época y á la civilización á que pertenecen; nunca ha debido llamarse con más justicia que al pronunciar el nombre de Petrarca.

El gran poeta italiano de sus vigilia, en órden á los estudios clásicos, lo hallamos, Excmo. Señor, al contemplar la historia del siglo XV, época en que parece comenzar de todo punto el género de la poesía italiana para entrar en su desarrollo artístico y sorprendente que tiene en aquella edad y en aquella península la literatura italiana: recordad los filósofos y gramáticos los Leonardo Bruno de Arezzo y Gasparino Barziza, Poggio Fiorentino y Lorenzo Valla; recordad á la imaginación las obras finas de Angelo Poliziano y de Ambrosio Traversari; recordad los eruditísimos ensayos de los arqueólogos Fabio Stoddo y Bernardo Rucellai (Oricellarius); de los historiadores Bartolomé Plantino y Erasmo Sylvio, y de los poetas Alfonso Torgio y Tito Vespasiano Strozzi, y en el noble ánimo que los anima, en la noble forma tanhacia que terciaban y en el carácter general que todos ostentan, descubriéndose á la vista el espíritu de Petrarca.

Privilegio es este que solo es dado gozar á los varones de superior talento, elegidos por la Providencia para ser maestros de los siglos. No lo negamos injustamente al amante de Lanus: que si es verdad que al pulsar la lira de los amores, hablando el idioma del vulgo, caído á sus pies, purificado por la santidad de su pasión, el entusiasmado tanto de Ovidio y de Tibulo, tanto bien lo es que, al promover y fomentar por todos caminos el estudio de las letras clásicas, escribió su nombre en la más brillante página de la historia del Renacimiento. Feliz yo si en ocasión tan solenne para mí he acertado á pulsar siquiera algunas partes de su mérito.



UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0750



UVA. BHSC. LEG.09-1 n°0750